

# LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

## PRECIOS DE SUSCRICION

Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas.  
Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas.  
Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 ptas.

## LA REDACCION Y ADMINISTRACION:

**Baja de S. Pedro, 30**  
Se publica los Jueves

## PUNTOS DE SUSCRICION.

En Lérida, Administracion de  
El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.<sup>o</sup>  
Madrid: Barquillo, 5. pral, int.  
-Alicante: S. Francisco, 28, du.<sup>o</sup>

## SUMARIO.

Influencia de la mujer en la familia.—¿Lo alcanzaremos?, (poesía).—Suscripcion.

## INFLUENCIA DE LA MUJER EN LA FAMILIA.

Así como las flores crecen gentiles y lozanas ante el poderoso influjo de la naturaleza, así también la familia, preciosa flor humana, extiende su corola y se agiganta ante la influencia moral y material de la mujer.

Para describir á la mujer tal como nos la presenta la historia, con su ignorancia su frivolidad y sus mezquinas pasiones, nos bastaría remontarnos á los tiempos de Nemrod é ir siguiendo paso á paso la extraviada conducta de las generaciones hasta llegar á la época actual, y veríamos, con no poco asombro, que, despues de tantas siglos, la mujer de hoy parece la sombra de la mujer de ayer; esto es, que aun la queda mucha ignorancia, aun no es suficientemente pensadora, y que aun es demasiado frívola, porque olvida sus mas sagrados deberes, para atender con preferencia á un lujo desmedido que, en mas de una ocasion, la degrada y envilece; pero para decir lo que es mujer en su esencia y con todas sus afecciones, lo grande y lo sublime de su mision y lo trascendental de su buena ó mala influencia sobre la familia, ¡oh! para esto, necesitaríamos de esa inspiracion Divina que, irradiando en nuestra inteligencia, nos ayudara á transmitir al papel los bellos ideales que acariciamos y que el alma aspira como la pura esencia del bien que es la sintesis del progreso que se extiende por todo el Universo y aletea en torno de una esplendorosa civilizacion.

Mas no obstante, ávidos de contemplar á la mujer en brazos de la ilustracion, trazaremos, aunque sea á grandes rasgos, su verdadera mision y su importante papel ante la familia, base principal de la sociedad en general.

La mujer mirada superficialmente no es otra cosa que un mueble de lujo que se exhibe á todas horas ante la sociedad, para que el hombre, á manera de niño caprichoso, la consagre el tiempo que tenga por conveniente; pero considerada como es debido, es ángel, providencia, ó joya de inmenso valor.

La mujer orgullosa, es un furioso vendabal que todo lo destruye con su despotismo; la fanática, es una sombra que se interpone á la claridad de las cosas, porque aborrece la luz del progreso; la coqueta, es un ángel caido que, descendiendo del trono de la dignidad, se arrastra por el lodazal de las pasiones; la indolente, es una estatua de mármol mas ó menos bella; la frívola, es una Mariposa que se empeña demasiado en acercarse á la luz de vanas ilusiones, para desaparecer trivialmente entre sus llamas; la pretenciosa, es un diamante falso; la ignorante, es una lámpara que agoniza, cuyos resplandores jamás pueden alumbrar grandes distancias.

Desgraciadamente, estas condiciones las poseen la generalidad de las mujeres del presente siglo; y con tales prendas, no pueden crearse otras familias que las que subsisten con semejantes defectos, las cuales forman esa epidemia moral de la sociedad.

Hay ángeles disfrazados de mujeres, y mujeres disfrazadas de ángeles: las primeras, constituyen la felicidad del hogar, porque son la aurora sonriente de la familia; las segundas, son filtros venenosos que dañan cuanto tocan.

En todos los estados, la mujer, puede ser grande desplegando la belleza de su alma y mostrando el inmenso tesoro de amor que posee; pero en su noble mision de madre, puede sublimarse, porque en tan hermosa tarea, aunque algo espinosa, la mujer digna

y pensadora, se transforma en un progreso constante, ya que nadie absolutamente como la madre, sabe tolerar, amar, perdonar y sacrificarse. Los hijos, para la madre, son joyas preciosas que nunca se dejará arrebatar por nada ni por nadie, porque en ella están reunidos varios afectos, como son: el de profesora, porque primeramente los educa; el de enfermera, porque vela con afán sus más ínfimos dolores; el de amiga íntima, porque es su fiel confidente; el de nodriza, porque los amamanta; y últimamente, ese amor maternal puro y desinteresado que no tiene igual en la tierra, producido tan solo por haberlos llevado en su seno y sufrido los sinsabores consiguientes á su estado.

La madre de familia, es el ser más pródigo que existe, porque es la única que jamás se cansa de conceder; es la esencia del amor, por su pureza é intensidad; y es una de las figuras más hermosas de la moderna civilización, cuando á los tiernísimos afectos reúne la virtud y la discreción para guiar á la familia prudentemente, armonizándolo todo con su buen criterio.

De la buena madre, depende el bienestar de la familia, por medio de la educación moral y material, usos, costumbres é inclinaciones que la inculca: de la buena educación de las familias, nace la armonía social; de esta, la unión y adelanto de los pueblos; y de aquí, el mejoramiento humano. Por lo tanto, la mujer discreta y pensadora, es la piedra filosofal de progreso. Reducir á la mujer á una reclusión perpétua, es matarla física y moralmente; negarle la instrucción, es esclavizarla; acostumarla á un lujo desmedido, es enseñarla el medio más fácil de perderse; inculcarle una economía excesiva sin necesidad de ello, es hacerla codiciosa; tolerarle su indolencia es convertirla en nulidad permanente; y elogiarle sus frivolidades de niña, es transformarla en un bonito juguete para el hombre.

La mujer, para ocupar el lugar que la pertenece y comprender su verdadera misión, necesita otra educación más sólida que la recibida hasta hoy. Lo primero que debería enseñarse á las jóvenes, es el gobierno de la casa, con orden, economía y limpieza; después, instruir las lo mejor posible y acostumarlas á un lujo menos costoso; esto es, un traje sencillo y elegante, hace resaltar más la natural belleza y, al mismo tiempo, es una economía prudente cuyos ahorros pueden reportar grandes ventajas, ya sea evitando deudas con las cuales muchas veces no se puede cumplir, ó bien invirtiéndolos en obras de caridad entre infelices menesterosos. De este modo, las jóvenes, crecen sencillas en su trato, modestas ante la sociedad, laboriosas en su hogar, virtuosas y discretas; y por razón natural, la mujer, con estas condiciones, sería buena amiga, hermana cariñosa, esposa amante y una excelente madre de familia.

La ignorancia que aun invade á nuestro siglo, es uno de los obstáculos principales del atraso de la mujer: la cuestión palpitante que más á preocupado á los sabios de todas las generaciones, desde las más remotas hasta la presente, ha sido siempre, la mujer; y hemos visto que, á medida que esta ha sacudido el pesado yugo que la envolvía, los pueblos han respirado más libremente.

La familia, no existía porque los afectos íntimos del alma, dormitaban semimagnetizados por el atraso que postergaba á las humanidades á vivir una existencia salvaje y degradada por las más bajas pasiones; pero más tarde, al calor de la cultura, se desarrollaron las fuerzas morales, y ante éstas, se agruparon los seres, se formaron las familias y comenzó á alborear un destello de ternura, flor purísima del amor, que fué á reemplazar el sensual libertinaje de los pueblos.

La mujer, entonces, dió el primer paso en la senda del progreso, abriendo su corazón á los dulces afectos de la familia; y hasta el presente ha ido desempeñando todos sus cargos con más abnegación y discreción que antes; pero faltándole mucho aun para el complemento, á causa del descuido de su educación moral é intelectual: y al decir esto, no exageramos; pues es preciso convencerse, de que una mujer ignorante y frívola (como hoy lo son la generalidad de las mujeres), es una carga pesada para el hombre y una pésima directora para la familia; toda vez que, unas veces por no comprender el valor de la cosa y otras por hallarse absorbida en lo que no debiera, descuida sus principales deberes legando á sus hijos la ignorancia que ella heredó de sus mayores, para hacerla extensiva más tarde á sus nietos.

Una mujer así, no podrá ocupar nunca el lugar que la pertenece, y solo será la mísera esclava relegada á un eterno olvido; porque, la ignorancia, es el fantasma aterrador de los pueblos que siempre se interpone á la luz de la civilización, para que aquellos no recobren su amada libertad; y ante esta terrible enemiga, la mujer se aturde y, su escasa inteligencia, queda petrificada para todo adelanto. Esta mujer, no puede por ningún concepto comprender el valor de su misión ni desempeñarla como es debido y por ley natural, todos sus actos llevarán el sello del desacierto; y hasta el amor, ese bello sentimiento del alma que se muestra por sí solo sin estudio de ninguna especie, cuan-

do dimana del sér ignorante, carece del perfume arrobador que le da la cultura, el cual, alejándose del cieno de la tierra, se eleva á lo infinito para sublimarse ante Dios.

La mujer, aunque nacida para amar y ser amada cual si fuese formada de eflúvios amorosos, cuando la envuelve la ignorancia, dá á la familia un amor egoísta, material é insulso que mancha cuanto toca, porque la falta el desarrollo del sentimiento moral y la ampliacion de los conocimientos materiales, para de estos dos elementos, escogitar lo esencialmente bello y grande. La mujer ignorante tiene un punto de semejanza con el sér irracional, esto es, vive sin saber por qué ni para qué, ora haciendo los trabajos mas rudos y pesados, ora matando el tiempo en nécias ocupaciones, ú ora exhibiendo su belleza mas de lo necesario.

¿Puede ser esta mujer útil á la familia?

Nó, y mil veces nó; porque su influencia, es un tósigo que asesina lentamente, y la familia educada en estas condiciones, es una familia enfermiza, moralmente hablando, que solo puede dar á la sociedad un puñado de enfermos ineptos para toda clase de trabajos.

Para hallar á la mujer, grande y sublime, desempeñando su noble mision con rectitud y ocupando ante la sociedad el sitio que la corresponde, es necesario que se la eduque de un modo especial, por ejemplo: cuando niña, necesita una educacion altamente moral, pero sumamente lógica, porque los años de la infancia, son los mas preciosos para inculcar las buenas máximas en esas inteligencias vírgenes, que cual hermosas flores, abren sus corolas á todas las virtudes ó á todos los vicios, segun la direccion que se las da: cuando jóven, se hace precisa la educacion intelectual, para que esta sea el lapidario de la moral que la haga brillar en todo su esplendor, marchando las dos unidas en constante desarrollo, hasta que llega paso á paso á la edad de la reflexion, que es cuando entra de lleno en la inmensa latitud de sus conocimientos para ser la mujer pensadora, la mujer amante, la mujer ángel, ó esa providencia incesante de la familia que todo lo prevé y todo lo vivifica con su influencia moral y con su preclara discrecion.

Las mujeres dotadas de tan bellas condiciones (que aunque en escaso número sin duda las hay), son las sacerdotisas de la familia, en cuyo recinto han edificado ellas mismas el egregio santuario del amor; pero de un amor puro y sin mancha donde el vicio retrocede, porque la virtud con sus niveas álas, forma la bóveda magestuosa de ese templo; son las jardineras del hogar, transformado en frondoso oasis por sus continuos desvelos, donde el hombre se espiritualiza, porque halla una Primavera permanente; donde todo le sonríe, porque la mujer discreta, es la esencia de la vida y la flor misteriosa que todo lo perfuma.

¡Oh! la mujer lógicamente educada, es la imágen de la civilizacion que unifica á los pueblos por medio de la familia; pero ignorante y frívola, representa el atraso, la paralización de la vida, el vicio en todo su apogeo y la degradacion de la familia; porque, la mujer, en este estado, es una nota discordante de la armonía social, que hiere los timpanos mas delicados de la sensibilidad moral.

La mujer, engrandece á la familia; por ella, alienta el hombre en su existencia; por ella, la sociedad se moraliza; por ella, brotan flores en la vida humana; y por ella, quizá, existen la poesia y el arte; porque no hay nada que inspire tanto amor á lo bello, como un rostro angelical de mujer. Cuando esta posee la belleza moral, á la cual podríamos llamar siempreviva, porque el tiempo jamás la destruye sino que, por el contrario, á medida que aquel transcurre, ella despide mas fulgores, es una obra artística, ó mejor dicho, la misma poesia.

¡Es tan triste el destierro en que vivimos; son tantos los abrojos de la vida, que, si en medio de sus múltiples dolores no existiera la mujer como un lenitivo á ellos, la tierra careceria de su principal ornato; porque sin la mujer, no habria encantos, ni sentimientos, ni esa esencia purisima del amor que adormece al alma, que empieza por inocular al hombre sus primeros afectos, que se extiende á la familia, que llega hasta la sociedad, y que, en álas de la brisa, esparce su perfume por todo el Universo!

La influencia moral de la mujer en la familia, es tan útil y necesaria, como el oxígeno que aspiramos; pero desgraciadamente, vemos con frecuencia que la mayoría de las familias carecen de esa eximia motora del progreso moral y material que constituye la base de su perfeccionamiento.

Querer que la familia dé ópimos frutos sin el trabajo incesante de la madre, es buscar un imposible; es tan inútil, como hallar flores donde se han sembrado obrojos; pues el buen criterio de la mujer, influye tanto en el bienestar de la familia, como el elemento de vida que gradualmente proporciona á nuestros cuerpos el calórico que despiden los rayos solares.

Es tan sublime la mision de esa bella mitad del género humano, que á compren-

derla ella misma en toda su extension, no tuviéramos que lamentar los terribles males que asedian á la sociedad, dimanados principalmente de la mujer, que es la institutriz de la familia, en particular, y de la cual parte el árbol genealógico de la familia universal.

¿Quién sostiene el octogenario en sus vacilantes pasos?

La hija cariñosa que le presta sus mas solícitos cuidados, para que el anciano vea en ella al ángel de su guarda.

¿Quién enseña al niño á elevar á Dios esa súplica de candor, semejante al murmullo de la brisa por lo agitado del lenguaje y la pureza que encierra?

La hermosa figura de la madre, que es la síntesis de Dios en la tierra.

¿Quién disipa con más presteza las nubes del hogar?

La esposa amante, la hija, la hermana, ó en su lugar, la sincera amiga.

¿A quién llama el hombre en sus aflicciones ó en sus últimos momentos?

Generalmente, á la madre, porque es la providencia de los hijos. Y siempre, la mujer, es la imagen del bien que infiltra la paz en las familias.

Entre las múltiples y diversas opiniones de los sábios de todas épocas que, sobre la mujer, se han propalado, las hay tan descabelladas como ilógicas, y muy pocos son los que han dictado un fallo recto; pues unos la presentan como un réptil disfrazado de inocente Mariposa; otros, llevados de su entusiasmo, la han erigido un templo de exagerado idealismo, para adorar en él la voluptuosidad de sus miserables pasiones; y los mas, despues de mecerse en un sinnúmero de vacilaciones, han colocado á la mujer en una posicion tan falsa, que ya no cabe otra peor; pues la han dejado en brazos de la vanidad para comerciar con su belleza, negándola la instruccion, porque se llegó á dudar si cobijaba un alma como el hombre. En tan absurdos conceptos, no era posible que la mujer se engrandeciera, sino que, despreciada y degradada por los mismos que hubieran podido cooperar á su rehabilitacion, fué precipitada en el abismo de la ignorancia y relegada de todo cuanto pudiese ilustrarla en sus principales deberes.

El orgullo del hombre, en todo tiempo, ha sido un círculo de hierro que ha oprimido tenazmente á la mujer, sin dejarla medrar ni avanzar un segundo en la árdua empresa de su alta mision; sin comprender que, esa opresion ejercida con tanta saña en un sér débil, le degradaba por completo, al mismo tiempo que labraba su propia desventura; pues al sujetar á su compañera á un código injusto, atrofiaba á aquella inteligencia y, con ella, los más bellos sentimientos de la mujer que se transforman en flores odoríferas, cuando la cultura y la moralidad la envuelven con sus esplendores.

El escaso número de sábios que han comprendido el importante papel de la mujer ante la familia, han pedido para ella la instruccion, como el mejor nutritivo en sus difíciles cargos; las consideraciones á su sexo, como un lenitivo á su dolorosa esclavitud; y la ampliacion á sus conocimientos morales y materiales, como elemento indispensable en la educacion de la familia, cuyo cargo debe ejecutar la madre con admirable discrecion, si quiere presentar á la sociedad una familia exenta de vicios, y en que sólo esté sintetizada la *Verdad*, la *Justicia* y la *Armonía Universal*.

Todo esto y mucho más han pedido los grandes pensadores para la mujer; pero muy poco se la ha concedido hasta el presente, sin meditar que, la que figura en primer término en la gran revolucion de los adelantos no debe ni puede estar relegada al olvido ni mucho menos sumida en la ignorancia, sino que debe agitarse y mecerse en las auras del progreso, para trabajar incesantemente en pro de la familia y de sus semejantes; pues educando bien á la mujer, ésta trasmite á la familia sus sentimientos mas puros, la sociedad aspira esas virtudes, y la humanidad se regenera.

Nada tan arrobador como la familia dirigida por una mujer discreta y virtuosa: Camoëus, la compara á la más hermosa fruicion de la vida; el Abate Seglio, al templo del amor; Lamartine, á un dia sin noche, porque en ella irradian los afectos más puros; Victor Hugo, la llama la mansion del Señor donde el hombre se inspira en sus trabajos; Mme. Stael, la apellida el laboratorio de la civilizacion, porque de ella emana el bien; Lamennais, dice que la familia es el cuadro artístico de la poesia; Campoamor, en su hermosa fantasía, la considera como un frondoso vergel donde las flores del alma crecen gentiles y bellas; y nosotros, sólo podremos añadir que, la familia, es la flor ideal del sentimiento donde se replegan los perfumes del amor, para guardar en su corola un sinnúmero de afectos á cual más intensos y sublimes. ¡La familia habla tan alto á las grandes inteligencias, que éstas no pueden mirarla sin sentir algo de ese respeto santo que causa todo lo grandioso!

Las pequeñas agrupaciones emanadas del amor, deberian ser los talleres del progreso donde á toda costa se avanzara más y más en los elementos cooperativos al bien; pero desgraciadamente y á consecuencia de esa ignorancia supina que envuelve á la mujer, la familia, se convierte muchas veces en un manicomio donde reina el mayor des-

concierto y se cometen los abusos más atroces. Y he ahí que, la sociedad, resintiéndose de esa fatal discordancia, se agita convulsa en sus ideas y grita desapiadadamente contra la mujer; esto es, se queja de su ineptitud en el gobierno de la casa, de su frivolidad y mala dirección en la familia, de su fanatismo é ignorancia ó de un escepticismo nada comun, que suele degenerar en malhadado coquetismo que la degrada y envilece; la sociedad, repetimos, clama contra estas imperfecciones que, sin duda, lo son y capitales; pero al mismo tiempo, se cruza de brazos y no dá un paso para ilustrar á esa infeliz víctima del atraso, ni dirigirla con mas lógica, con más criterio, moralidad y extensos conocimientos que hasta hoy; y mientras unos vociferan por un lado enotra su nulidad, otros la adulan y envanecen dejándola solazarse en medio de un fausto supérfluo, aceptando su ignorancia, con el fin de que siga en su eterna esclavitud, y sometiéndola á una reclusion moral, para que *duerma siempre* en el insondable abismo del error. Así es, que los unos con su indolencia, y los otros con su hipocresía, han dejado á la mujer en medio de innumerables escollos, ante los cuales tropieza de continuo por su inexperiencia, hija de la mala educación que recibe.

Ahora bien: ¿puede la sociedad exigir á la mujer la sana educación de la familia? ¿Tiene derecho á quejarse de su nulidad?...

Ciertamente que no; puesto que no la proporciona elemento alguno para beneficiarla, y si todo aquello que sólo sirve para extraviarla de su principal misión; pues hasta hace poco, siempre se la he negado la instrucción rotundamente; no se la ha permitido emitir sus ideas por ningun concepto, aunque hayan sido tan justas y tan lógicas como la verdad misma; se la ha exigido una sumisión hácia el hombre, exagerada y casi denigrante; sus trabajos han sido pagados á ínfimo precio; y todo esto, en pleno siglo XIX.; que si echásemos una ojeada á los siglos anteriores, hallaríamos sintetizada la barbarie hácia la mujer de un modo indescriptible; porque, unas veces, se la ha hecho estéril por medio de viles artificios; otras, se las ha arrebatado sus hijos en el mismo instante de darlos á luz, y hasta se las ha obligado á inmolarlos como una ofrenda oceptable á sus Dioses de barro.

De estos y otros mil abusos que no enumeramos, ha sido víctima la mujer, ante los cuales, el hombre, se ha mostrado impasible como una estatua, creyéndolos, en la ignorancia de entónces, completamente admisibles. Pero dejemos aquellos tiempos luctuosos donde la luz era un mito; echemos un velo sobre el pasado y sepultémosle en el sarcófago del olvido, para ocuparnos un segundo del presente.

Como hemos dicho anteriormente, la sociedad, clama contra los defectos del sexo débil; pero no busca los medios convenientes para destruirlos; y en este caso, se convierte en una mala madrastra, toda vez que sólo sabe censurar á la pobre desvalida sin querer tomarse el trabajo de prestarla su apoyo, cual si se gozara en contemplar sus debilidades.

El hombre, generalmente, salvo honrosas excepciones, es injusto con la mujer, es un juez inexorable, es la intolerancia personificada: él sabe hatagarla cuando le conviene, despreciarla cuando le place, y pisotearla, si preciso es, para satisfacer una venganza que casi siempre responde á esa pueril vanidad tan encarnada en él; ley déspota y cruel, forjada por el orgullo y la ignorancia, que oprime y rebaja á la mujer, porque la imprime el sello de la esclavitud, que es como si se la redujera á la nada; pero que da al hombre los más amplos derechos para obrar á su antojo, sin temor á que la sociedad le censure, ya que esta, como un retoño de la Edad Media, aún lleva por lema el egoísmo, y aún no ha progresado lo bastante para saber fallar con rectitud. Por cuya razón, la mujer, sér débil é ignorante, no halla apoyo de ninguna especie en la sociedad, sino en algunas inteligencias verdaderamente grandes que saben comprender perfectamente el valor que encierra una mujer instruida, sensata, laboriosa y altamente moral, porque ella es la fuerza vital de la familia que, con sus profundos conocimientos morales y materiales, puede dirigirla como es debido.

La mujer, si se la sabe educar convenientemente, siempre es niña en sus afectos; porque éstos nunca amenguan en su virgen corazón y, á medida que la reflexión se agiganta, van creciendo más y más. Si la mujer es discreta, es más tolerante, y tras la tolerancia bien entendida, se desliza ese amor puro é indefinido que sabe el día que comienza; pero que no sabe hallar cuando termina. El amor de la mujer, es más sincero, más sentimental y más duradero que el del hombre, porque este ama con la cabaza, y aquella, generalmente, con el alma; dependiendo esto, quizá, en que la misión de la mujer es mucho más dulce que la del hombre, pues su principal trabajo es amar, consolar y armonizar las tempestades del hogar.

Así, pues, lo único que falta á la mujer para que se convierta en ángel de la familia, es, como llevamos dicho, una instrucción sumamente lógica que combata sus defectos y desarrolle las mas revelantes virtudes morales y materiales, puesto que no pueden exis-

tir las unas sin las otras. Para que la mujer sea respetada en todas ocasiones y se muestre digna ante el mundo civilizado, ha de ser muy discreta en sus creencias religiosas, porque, el fanatismo, embrutece mas que ilustra; sencilla y modesta, porque constituyen su principal adorno; instruida, activa, solícita y amorosa, porque son condiciones indispensables para la buena y útil dirección de los pequeños y la completa armonía del hogar; es necesario también, que se eleve á la altura de la actual civilización y que comprenda el alto cargo que le está confiado; pues tiempo es ya de que vuelva en sí de ese letargo, en el cual ha dormitado tantos siglos, y tienda el vuelo en pos de otras aspiraciones más útiles y bellas; porque, la mujer, si es pensadora, es la idea bullidora del progreso; no así si es superficial, porque, entónces, constituye el estacionamiento moral y material de la familia.

La palabra *Mujer*, es un hermoso dilema compuesto de varios sentimientos, que queda reasumido en uno sólo: el amor puro y sin mancha. Por medio de ese agente invisible que se evapora de las almas como un flúido magnético, la mujer, puede proporcionar un gran bien á la humanidad; su fuerza moral, puede ser en todo tiempo el iris de bonanza que se interponga en las tempestades domésticas y la que empuje á la familia, y con ésta á la sociedad, á un adelanto inconcebible; sus virtudes y su lata instrucción, un bellissimo talisman para preservar á la familia del vicio y la ignorancia, en cuyo tenebroso abismo se precipitan multitud de familias, por la mala dirección de las madres, empañando así todos sus afectos; porque allí donde existe el cieno y el error, no puede haber nada bello, ya que todo se halla inficionado con los mefílicos miasmas del atraso.

El progreso del presente siglo, demanda que la mujer sea más pensadora, porque, sin su cultura, el adelanto moral se estacionaria; pues donde irradia la luz, no existen sombras; y cuanto éstas invaden, está muy distante de la luz. Por manera que, la mujer instruida y virtuosa, es el sol que vivifica á la familia; y la ignorante y frívola, la que representa la mas frígida espresion del alma, á cuya influencia, petrifica sus más bellas condiciones.

La mujer, aun recibe el pernicioso hálito de la ignorancia, y miéntas lo perciba, será coqueta en sumo grado; pues nada hay tan incongruente y perjudicial como el coquetismo, toda vez que él la arrastra á un sinnúmero de desaciertos; y sólo siendo discreta y pensadora, podria ahuyentar de sí vicio tan denigrante, porque comprenderia perfectamente que, cuanto más sencilla es en su trato y en su porte, mejor refleja su ilustración, su moralidad y su principal belleza; por mas que muchos de los enemigos del engrandecimiento de la mujer, digan lo contrario y acepten de buen grado sus frivolidades, como un escarnio á la ilustración de la época presente.

No podemos admitir, por ningun concepto, el abandono completo de la mujer, tanto más cuanto que en sana lógica, seria lo mismo que colocar á un pobre ciego al borde de un precipicio; pues así como el ciego, al dar el primer paso, hallaria una muerte segura, así también, la mujer que no ha aspirado los vívidos effluvios de una sólida instrucción, se halla impotente para dirigir prudentemente á la familia, y aun para dirigirse á sí propia.

Si la sociedad, en general, supiera apreciar en todo su valor las ventajas que reporta á la familia una mujer instruida con sensatez, ciertamente que obraria de muy distinto modo, empezando por desterrar de las jóvenes la ignorancia, el fanatismo y esa vanidad exagerada que convierte á la mujer en *cosa*, en vez de mostrarla como la estrella polar de la familia y como un lenitivo á la existencia del hombre, que es tal y como la simboliza su alta y noble misión.

¡Oh! la mujer puede ser un astro de gran magnitud, con cuyos fulgores arroba á cuantos la miren, como también asemejarse á un mísero reptil que se arrastra en la maleza de sus imperfecciones, cuando sus sentimientos están unánimes por el embotamiento de sus facultades intelectuales; pero prescindiendo de esto último, á cuyo lóbrego recinto no quisiéramos que la mujer descendiese jamás, pues sólo queremos para ella todo cuanto pueda sacarla de la inercia en que hasta aquí ha vivido, y que se engrandezca por medio de una moralidad sin tacha y extensos conocimientos en todo lo concerniente á su sexo, diremos: que, la mujer, es la madre del amor en cuyo seno reclina el niño su infantil cabeza para bendecir á Dios, y donde, mas tarde, se replega con santo recogimiento para ofrecerla la flor de la reciprocidad como un deber de gratitud á los infinitos cuidados que ha ejercido con él, y como la más tierna ofrenda de su alma; que es la bella consejera de la familia, porque calma afanosa sus pesares; el oasis donde el hombre halla las cristalinas aguas para apagar su sed, un santuario especial donde el amor se purifica, y la antorcha del progreso, cuyos destellos constituyen la más lisonjera esperanza del mañana, para cuando las futuras generaciones, fecundas en adelantos, sólo se alimenten del perfeccionamiento moral y material.

Por ley natural, la mujer del siglo venidero, verá con lástima á la de hoy; así como ésta, muestra suma compasion por la de ayer. Todo avanza, todo se transforma en el laboratorio humano, y todo nos dice que no puede existir el estacionamiento, ni mucho menos el retroceso de cuanto subsiste á nuestro alrededor; sólo sí, que unas cosas caminan con más lentitud que otras, y que, la mujer, es precisamente la que marcha con más pausa en la senda de la ilustracion ó de esa revolucion universal donde todo se agita constantemente y donde todo se desarrolla en alto grado.

Sabemos que nuestra humilde voz, carece de esa fuerza eléctrica que todo lo conmueve y arrastra en pos de sí: comprendemos que nuestras facultades intelectuales, son un pigmeo para hablar de la mujer, cuya poética figura aún aletea entre la luz y la sombra; pero, aunque pobres de extensos conocimientos y desprovistos de un vasto criterio previsor, escudriñador y analítico, creemos que, la mujer, en la tierra, desempeña la mision más noble que existe, y que, la familia, puede recoger de ella flores ó abrojos, segun los vicios ó virtudes que más la dominan; pues la mujer, generalmente, es la que ejerce más influencia en todos los actos de la existencia humana.

¡La Mujer!... ¡Pobre esclava de ayer y Mariposa sedienta de luz hoy; cuán grande la vemos allá en el fondo de nuestra alma! ¡Qué hermosos horizontes vislumbramos allá en nuestra fantasia al contemplarla engrandecida por sus virtudes! Esas familias decrepitas que hoy caminan agobiadas por el peso de la ignorancia, las vemos revolotear en nuestros bellos ideales cual ígneos rayos de luz y penetrar en la sociedad para, con el calor de la civilizacion y sus hercúleos brazos, vigorizarla y sostenerla; vemos tambien á la mujer discreta y sencilla, educando á la familia con rectitud y mostrando á la sociedad la virginal sonrisa de su alma, síntesis de su adelanto moral en vez de la incitante y provocativa sonrisa de la frivolidad y la degradacion; y vemos por último, á esa mujer del mañana, noble y digna, cooperando al bienestar de la familia, y sonreimos de gozo; pues olvidamos á la mujer del pasado, como un estigma del embrutecimiento que pasa ante nosotros cual una sombra imperceptible, para nunca más volver; compadecemos á la presente, como á una infeliz convalesciente que se dispone á recobrar sus perdidas fuerzas para trabajar incesantemente en pró de su progreso; y admiramos á la mujer del porvenir porque es la única que con su cèlica inspiracion, dará á la familia y á la sociedad, las flores de su alma, la esencia de sus máximas, la inmensidad de su amor y esas múltiples dilecciones tan innatas en la mujer, por ser ésta, en sentido filosófico, el sagrario donde se guardan las más relevantes virtudes.

CÁNDIDA SANZ.

Gracia.

---

## ¿LO ALCANZAREMOS?

---

A MI DISTINGUIDA AMIGA LA ESCRITORA ESPIRITISTA AMALIA DOMINGO Y SOLER.

---

Tu voz, como las notas de música lejana  
Esparcen en mi alma dulcísima impresion,  
¿Será que tus palabras me anuncian un mañana  
Potentes conmoviendo mi amante corazon?

¿Será que como un dia tu melodioso acento  
Mi espíritu dormido con fuerza conmovió,  
Y fermentó agitado mi pobre pensamiento  
Y ante una nueva vida, el alma despertó?

Y ambicioné otro mundo, mas luz, otras riberas.....  
Me asfixia este planeta y en vano quiero huir,  
Anhelo remontarme á espléndidas esferas  
Rasgando el denso velo que oculta el porvenir.

El porvenir!.... quién sabe? ¿Qué voz el alma escucha?  
¿Será que algo me anuncia que tengo que volver,  
Y que mi pobre espíritu en incesante lucha  
En este abismo horrendo tendrá que renacer?

¿Será reminiscencia de un tiempo ya pasado,

Que me tortura el alma con ansiedad cruel?  
Quizás un presentimiento que me descubre osado  
De encarnacion lejana el cuadro exacto y fiel.

¡Ah no! que todo avanza en el taller del mundo,  
Y Dios no quiere extáticos, los séres que creó,  
Siempre será el trabajo, el sábio mas profundo  
Que con potente mano lo bueno difundió.

Por él siempre luchando tu magna inteligencia  
De multitud de espíritus, has sido el redentor;  
Y yo que soy, Amalia, apóstol de tu ciencia,  
Anhelo remontarme á un mundo superior.

A un mundo donde reinen la paz y la armonia,  
Y siempre sean un mito la pena y la ambicion,  
En donde brille eterno el fulgurante dia  
Porque la luz irradie de hermosa ilustracion.

Donde los séres todos, de hermano el dulce nombre  
Se den, así estrechando el lazo fraternal,  
Y practicando el bien el hombre por el hombre,  
No los inspire el móvil de la ambicion fatal.

¡Hagamos un esfuerzo! pongamos la bandera,  
Unidas emprendamos esa *revolucion*,  
La universal conciencia llevemos á otra esfera,  
Donde palpita y vive la gran revelacion.

Despierte de su sueño la humanidad, y que crea  
Que el que trabaja y piensa verá el soñado eden,  
Porque nos dá en tributo la lucha de la idea,  
Que el alma á Dios se eleva, tan solo por el bien.

La ciencia espiritista nos abre la ancha via,  
Sigámosla anhelantes sin nunca vacilar,  
Por ella llegaremos á el anhelado dia  
Que el alma pensadora se goza en aguardar.

El bendecido dia que en plácida bonanza  
Derrame por el mundo su refulgente luz,  
Y en que los dulces génios del bien y la esperanza,  
Nos quiten de los hombros el peso de la cruz.

Unidas trabajemos, Amalia, hasta el esceso,  
De un algo grande y noble, iremos siempre en pos;  
Y cuando nos envuelvan las auras del progreso,  
Por medio de las ciencias, iremos hasta Dios!

ANA M.<sup>a</sup> CABRERA DE CORNET.

Habana 14 Julio de 1882.



**SUSCRICION** á favor de la familia mas desgraciada que resulte de la catástrofe ocurrida en la fábrica de los Sres. Morell y Murillo en la calle de Amalia.

Suma anterior, 112'30 pesetas.—De un espiritista de Cerviá, 2'25 id.—De D. José Blanco, 20 id.—Total, 134'55 pesetas.